



La tierra prometida

I

EN PLENO SUEÑO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Edo. 1625 MONTREY, MEXICO

La condesa Luisa Scilly había dicho á su hija Enriqueta y á Francisco Nayrac, novio de esta linda joven.—Andad un poco, y no os inquietéis por mí; os esperaré aquí. No quiero que mi presencia estropee esta hermosa mañana. Y se había sentado sobre un banco de mármol cerca de un espinal de rosas, de esas rosas delicadas, de poco aroma que florecen durante todo el invierno en esta dulce Sicilia. Era á final del mes de Noviembre, y aquel jardín, mejor dicho, aquel valle de la ciudad Tasca estaba débilmente iluminado por una luz de ligera transparencia. El tal jardín era una fantasía del gran señor hospitalario; bien conocido de aquellos á quienes los caprichos de un viaje y el delicado estado de su salud, desterraba por algunos meses á Palermo.

Esto último le sucedía á la Condesa. Llegada de Paris al principio del otoño para acabar de curarse una afección del pecho casi mortal, una recaída le había aprisionado durante tres semanas en su cuarto.

No comenzaba á salir más que desde cinco ó seis días antes. Gozaba con aquel sol de las once de la mañana. Su cara se coloreaba; la vaga animación de la convalecencia retratábase en sus delgadas mejillas, en sus párpados fatigados, en su frente amarillenta. Los tonos rubios de sus cabellos, mezclados á los de plata, parecían más dorados, como si en aquella mujer de cincuenta años prematuramente envejecida por los disgustos y por la enfermedad, reapareciera algo de la gracia de otros años mejores. Sus labios resquebrados por la fiebre se abrían á aquel aire tibio, en el que flotaba junto al aroma de las rosas el de los árboles de esencia rara y de los que estaban plantados en aquellos bosques. Sus ojos, de un azul brillante como los de los seres cuya vida ha sido herida en sus más profundas afecciones, erraban por aquellos hermosos árboles, pinos de Italia, ó cedros gigantes, en torno á los que una vegetación tropical revelaba la proximidad del África. En los macizos algunos aloes pálidos torcían sus ramas puntiagudas. Algunas datileras movían lentamente sus palmas de un verde sombrío. Los cactus tendían sus palos adonde apuntaban frutos violeta. Blancas estatuas brillaban entre la verdura, y la casa con sus ventanas cerradas, parecía entre esta paz y esta claridad de la mañana encerrar tras su fachada pintada de colores poco acentuados, un sueño de felicidad.

En esta soledad, animada únicamente por el ruido de las hojas ó por el movimiento de los cisnes, cuyas alas rasaban la superficie del agua de un invisible estanque, los ojos de la madre iban sin cesar hacia la parte del vasto y luminoso jardín en la que los dos

novios paseaban. Su paso lento, incierto, distraído, ese paso de una pareja feliz, cuyos menores movimientos se armonizan, les alejaba juntos y juntos les aproximaba. Desaparecían para volver á parecer. Marchaban... se detenían... andaban de nuevo. Se miraban; hablaban, callaban deliciosamente conmovidos y enajenados por el cielo azul, la claridad del día, los árboles, las aguas, las flores, por ellos mismos sobre todo, por la magia de la presencia del sér amado, que formaba una primavera allí donde reinaba el invierno. Enriqueta y Francisco tenían en torno el misterioso resplandor que proyecta la extrema ventura. Se sentían elevados por ese íntimo espíritu de felicidad que se releva en cada gesto de dos seres que se aman con pasión. Ja... más el talle de la joven habíase mostrado más flexible; nunca había sido más fina su sonrisa, ni más delicado su rostro, ni sus ojos más azules, ni sus mejillas más rosadas, su boca más espiritual ni sus cabellos de oro más sedosos ni más brillantes. Nunca en la fisonomía concentrada y reflexiva de Francisco había brillado el fuego de pensamiento más radiante. La llama de sus negras pupilas se dulcificaba para contemplar á la que bien pronto sería su mujer. La acariciaba con los ojos. Era tan joven, tan pequeña, tan débil, no obstante sus veintitrés años, que apenas representaba diez y ocho; mientras los treinta y cuatro de él se conocían desde luego en su expresión severa y melancólica, transfigurada en esta ocasión por una especie de magnetismo de felicidad. Aquel paseo era como una visión de un sueño realizado para el tierno testigo que contemplaba á los dos novios, para aquella madre que ellos no ol-

vidaban ni aun en medio de su éxtasis, pues al pasar por el banco de mármol, Enriqueta la saludaba siempre con una sonrisa y una mirada. Su hija la guardaba un sitio en su felicidad, y esta seguridad daba al espíritu de la señora Scilly un calor semejante al de aquel sol meridional, á cuyos rayos su cuerpo se reanimaba y tomaba fuerzas algunos años de vida aun.

—¡Cómo la quiero! y ¡cuántos motivos tengo para quererla!...—pensaba.—¡Ha llegado á ser lo que su infancia prometía! ¡Si su padre viviese, qué orgulloso estaría de ella y de él! Me diría que estaba contento de mí; estoy segura... Me lo dirá algún día... y bien pronto... ¡Que no sea demasiado pronto sin embargo!...

Al pronunciar mentalmente esta palabra, la pobre mujer retrocedía quince años más atrás, á aquel otoño tan terrible para ella de 1871.

En el lugar del verde y silencioso jardín por donde pasaban y repasaban sus dos hijos, así los llamaba bendiciéndoles juntos en su corazón, veía de nuevo un cuarto de enfermo en una mañana de Noviembre también, pero de un Noviembre parisién, frío, siniestro y negro. Los dos estaban allí; Enriqueta y ella, arrodilladas al pie de un lecho sobre el que se destacaba un rostro pálido y doloroso, el del comandante Scilly, que acababa de morir. Después de muchos meses de sufrimiento, había sucumbido á consecuencia de las heridas recibidas en la campaña de Metz. En ésta se había conducido como digno sobrino del famoso conde Scilly, el héroe de Leipsick, aquel que había merecido el honor de ser lugarteniente en uno de aquellos regimientos de oficiales que Napoleón formó en Rusia con el título de «Escuadrones

sagrados». Todos los Scilly habían militado en los ejércitos, desde este héroe del primer Imperio hasta el actual general de división de este nombre, y aunque la mujer de un militar debe estar preparada á estos crueles sacrificios, la Condesa creyó volverse loca de inquietud desde los primeros días que siguieron á la declaración de la guerra. Después, habiéndose reunido con su esposo en Alemania, le había traído á París para disputarle á la muerte, con una pasión que en una semana la hizo envejecer diez años. Ante el lecho de muerte del hombre á quien tanto había amado, sintió una pena tan honda que sólo tuvo ánimos para vivir abrazando á su hija, la única que le quedaba de los cinco que tuvo, pobre niña, tan débil, tan sensible, tan consciente ya de su desgracia. Sus lágrimas, sus sollozos, la ternura desesperada con que se asía á su madre, gritando:— ¡Protégeme! ¡Protégeme!—decían bastante. La viuda había devuelto sus besos á Enriqueta jurándose en recuerdo de su padre, protegerla en efecto, reemplazar al ausente, comenzando en seguida para durar largos años una vida de retraimiento, de melancolía y de dulzura por lo tanto. Una vida de retraimiento, pues la Condesa no estaba en buena armonía con la familia de su marido, incluso el general Scilly, por razones personales al padre del difunto; pero ella les aceptaba por escrúpulo de fidelidad moral, como el comandante les había aceptado, y por otra parte, sus relaciones con el mundo estaban muy reducidas por el gran luto que ella llevó hasta muy tarde, á las personas de su más estricta intimidad. Una vida melancólica, pues no quiso que nada se cambiase en

torno suyo, y el pequeño hotel del boulevard de los Inválidos, buscado por el oficial como muy próximo de la calle de Santo Domingo y á la Escuela Militar, comenzó á revestir esa fisonomía triste y ajada de las cosas que las manos tocan piadosamente como si las acariciaran en vez de servirse de ellas.

Una vida de dulzura, pues la niña, que iba y venía siempre vestida de negro, con su débil paso de niño precoz por entre aquellos muebles, cada uno de los cuales era una reliquia, no hacía un gesto, no decía una palabra que no demostrara la alegría delicada de su naturaleza. La señora Scilly gozaba con esta mezcla de delicias y de inquietudes que constituye la felicidad dolorosa de las madres. Ellas saben el tiempo que han tenido á sus hijos cerca de ellas día por día. Entretanto que Enriqueta se ocupaba en sus lecciones, aquélla había tomado la costumbre de medir la huida de estos dulces años, por el verdor ó el amarillento tono de los árboles del jardín del arzobispado que se veían desde las altas ventanas de los cuartos del primer piso. Tan pronto como estos árboles temblaban en la época de renovarse, sacudiendo al viento de Abril sus racimos de flores, calculaba la madre cuántas primaveras pasarían aún antes de que su hija cumplierse los diez y ocho años. Otras veces, el viento arrojaba á lo largo de la alameda los restos del otoño, y ella contaba entonces las estaciones pasadas desde la muerte del padre. Perdía ante su hija en infinitas contemplaciones, encantada y turbada por el desarrollo de su cuerpo, por la metamorfosis de la niña en adolescente, de la adolescente en mujer completa, admirando su gracia, su talento, su

bondad; respirando todos los perfumes de aquella adorable y virginal flor que ella sólo conocía, previendo con una ansiedad generosa, preparada no obstante al sacrificio, el momento en que le sería preciso separarse de ella.

—Pensar—decía—que existe ya el que la debe separar de mí, que respira, que vive, que tal vez ayer... hoy nos hemos cruzado con él en nuestro paseo. Para él he inculcado yo en este cerebro ideas elevadas; para él he llenado este tierno corazón de sentimientos nobles. ¡Ah! ¡Si yo pudiese educarle asimismo á él para ella, como la he educado para él! Su padre repetía siempre: «Se casará con el que ame.» El era un hombre; conocía la vida y le hubiera juzgado en lugar mío.

Miles de veces había la inconsolable viuda pronunciado en voz baja estos monólogos de solicitud maternal, más frecuentes y más apresurados á medida que avanzaba el tiempo, y que terminaban entonces en proyectos acariciados con complacencia, deshechos por la presencia de un nuevo huésped, el inesperado, el irresistible amor. La condesa Scilly, durante estos años, demasiado cortos para su deseo, había desplegado un cuidado constante para rodear á Enriqueta de amigos irreprochables y buenos como ella, procurando proceder del modo más prudente en lo que concernía á la continuación de sus relaciones con la sociedad.

Había querido utilizar á favor de su hija los hábitos aristocráticos practicados en su primera juventud, y apelaba á todos los recursos de su experiencia para estudiar con apasionada solicitud á los jóvenes

que frecuentaban su reducido círculo. Su hija se enamoró de un desconocido, del joven Francisco Nayrac, de cuyo brazo la miraba pasear la madre con una confianza grande. Diez meses antes no conocía este nombre más que de haberle oído de labios de la generala Jardes, pariente lejana del joven. La presentación le fué hecha también en casa de la señora de Jardes casualmente, en una visita de la que Francisco salió tan conmovido del encanto de Enriqueta, que volvió al siguiente día para hablar de ella á su pariente. Á esto siguieron algunos incidentes sencillos, semejantes á todos los que traen por consecuencia un matrimonio, comenzado por el súbito entusiasmo de un mozo y al que sirven de cómplices la secreta simpatía de la joven por un lado, y por otro la condescendencia de una amiga común, gozosa de desempeñar el papel de intermediaria. Es cosa corriente que todas las mujeres se complazcan en esto, trátase de un amor legítimo ó ilegítimo. Nuevos encuentros más ó menos hábilmente preparados, el constante y largo elogio de Francisco hecho por la señora de Jardes, la presencia del joven en todos los sitios donde podía encontrar á la señorita Scilly sin que nadie comentase esta asiduidad, un cambio marcado en los ademanes de Enriqueta, visiblemente preocupada; tales habian sido los ingenuos, los inocentes episodios de esta pequeña novela. Cada uno representaba para la madre una profunda emoción, decidiéndose al fin á hablar del asunto á su hija. Está confesó el secreto de su corazón sin dudar, pero temblando, como en aquel momento temblaban sobre el banco de mármol las hojas de un sauce dulce-

mente agitadas por la débil brisa. Amaba á Francisco. ¿Cómo? ¿Sin saber nada más de él? ¿Sin que se hubiera cambiado entre ellos una palabra respecto al asunto? ¿Por qué misteriosa relación de sentimientos? Con temor se hacía la señorita Scilly estas preguntas la noche que siguió á la confesión de su hija, sintiendo esas inquietudes profundas que en semejantes casos sienten todas las buenas madres y que no se disipan sino ante la felicidad absoluta de sus hijas. ¡Oh! ¡Cuánto rezó aquella noche la Condesa! ¡Cómo pedía á Dios que la ayudase y que la marcara su deber! ¡Con qué prudencia y temblor interno, aconsejada por el padre Juvigny, el anciano dominico, su director, había procedido á una información como todos los padres han hecho en todas las épocas. Mas ¡ah! que si es preciso una prueba para demostrar de qué manera la prudencia más exquisita está bajo el imperio de un poder misterioso é ingobernable, ¿dónde hallarla mejor que en esta incapacidad de un padre y de una madre vigilantes, para conocer con exactitud la vida y el carácter de aquel que debe de hacer toda la dicha ó toda la desgracia de una niña adorada y cuidada durante varios años? La señora Scilly procuró indagarlo todo en las visitas que fueron á manera de los intermedios cómicos de este drama sentimental. ¿No es, en efecto, un drama de vivísimo interés el que late en el fondo de estas conversaciones, donde de una palabra pronunciada á la ligera depende el porvenir de dos seres, uno de los cuales carece de defensa? He aquí el carácter de las respuestas obtenidas:

—¿El señor Nayrac?—había dicho á la Condesa la

señora de Avançon, mujer del antiguo diplomático:— un joven encantador con una bonita fortuna, lo que no es obstáculo. Hace diez años terminó su carrera, é iba á pasar á primer secretario; pero acaba de presentar su dimisión, lo mismo que mi esposo, á causa de este gobierno. Es una lástima. Y la digna dama, clavada en su sillón de ruedas, por una crisis de sus dolores, había continuado hablando del estado actual de las cosas, adoptando las mismas ideas de su marido, al que detestaba por una contradicción bastante frecuente en los malos matrimonios. La fuerza de la costumbre es tal, que dos seres llegan por ella á parecerse moral y hasta físicamente. ¿Qué procedimientos emplearía la madre más hábil para traer al punto deseado, y sin inspirar desconfianza, una conversación que se desviaba de tal modo? Ella no osó formular ninguna pregunta, pero calculó que el señor Avançon, que buscaba el medio de olvidar el infierno de su hogar, haciendo á los sesenta años vida de casino, debía de encontrar á Francisco en sitios donde la verdad de las costumbres se transparenta mejor que en el mundo, y llegó, merced al más hábil maquiavelismo, á provocar esta declaración.

—¿Francisco Nayrac? Un joven encantador y poseedor de una bonita fortuna. Yo le he visto este año en el círculo. Al menos con él se puede hablar de algo que no sean carreras y juego. Y á estas palabras siguió una disertación, en la que el más intransigente de los viejos de la época, abandonóse á su cólera contra la presente generación. A su vez entremezcló observaciones é ideas de su mujer, mas olvidó completamente á Nayrac. A la décima experiencia de este

género, forzoso le fué á la pobre madre confesar que lo mejor por entonces era practicar sus investigaciones cerca de aquellas personas que conocían desde la infancia al que tal vez fuera su yerno, y acabó por ir á casa de la señora de Jardes, la cual estaba demasiado interesada en el buen resultado de su intriga para no defender á su sobrino. Pero la señora Scilly conocía la honradez de la dama, y había confiado en su lealtad al dirigirla dos preguntas que para ella eran las más angustiosas.

—¿Si es religioso?—había respondido la generala. Tal vez no practique asiduamente. Sabe usted, querida Luisa, que los jóvenes se dejan llevar. Pero de que tiene excelentes principios, respondo, desde luego. Lo prueba en primer lugar su dimisión; y además he conocido á su madre y hermana, que han muerto como dos santas. La otra respuesta es más delicada. Como usted comprenderá, él nunca me ha hablado de ello. Pero estoy seguro de que es libre. Es un hombre de honor, y de no estarlo, no hubiera pensado en Enriqueta. Estoy segura además de que á lo menos en París él no ha tenido compromiso de ninguna clase. El rumor hubiera llegado hasta mí. Mas como ha estado algunos años en el extranjero...

Estas conversaciones y otras análogas databan de la primavera. Cuando la Condesa recordaba aquellas semanas decisivas de Julio que habían terminado en las relaciones formales de Enriqueta y Francisco, se asombraba de la rapidez de los acontecimientos, cuando ella siempre habría creído que vendrían lentamente. Pero sentíase la Condesa tan débil desde hacía largo tiempo, que tenía miedo de dejar á su hija

sin un protector. La veía, conocía toda la historia de su alma, desde su primera emoción, sincera y profundamente invadida por un amor tan intenso como inesperado. Sabía que en Enriqueta los sentimientos no eran fugaces, y temblaba ante la idea de que si este amor fuera un engaño, el fervor religioso de la joven no la llevara á otra resolución. Adivinaba el atractivo que el místico asilo del convento ejercía sobre aquella tierna imaginación. Por otra parte, creía ver en Francisco un hombre de corazón verdadero é irreprochable. Aunque ajena á las mundanas conveniencias, no podía dejar de calcular que sus hijos reunirían más de sesenta mil francos de renta. En fin, ella había consentido en la boda; y como para dar razón á sus inquietudes de madre, apenas otorgado este consentimiento, había caído enferma. El médico, que al principio creyó que se trataba de un enfriamiento sin importancia, diagnosticó bien pronto las más peligrosas complicaciones. Había estado en cama desde los últimos días de Julio, contando levantarse, como en sus habituales catarros, hacia el fin de la semana. No pudo salir hasta mediados de Octubre. Los árboles [del jardín del arzobispado, que la habían hecho compañía durante largo tiempo en su soledad, estaban verdes cuando el primer estremecimiento de la fiebre la acometió, y cuando pudo llegar hasta la ventana, la Condesa vió que todas las hojas estaban secas por el otoño, como ella acababa de ser tocada por la muerte. Pero, ¿cómo lamentarse de esta enfermedad que le había permitido juzgar definitivamente á Francisco? Cuando los médicos la habían recomendado pasar el invierno en el punto más lejano del Mediodía, al Cairo, Alger,

Madera, Palermo, ¡con qué delicadeza había el joven sacrificado sus derechos á los nuevos deberes que esta situación creaba á su prometida! Esta le suplicó que se dilatase el matrimonio hasta la primavera próxima, á fin de poder consagrarse durante todo el invierno al cuidado de su madre, y él había consentido de la manera más afectuosa del mundo. Aconsejó que fuesen á Palermo, sitio que él conocía, y había hecho preparar alojamiento para la Condesa; él la instaló en dicho punto, volviendo después á París, siempre atento á no poner jamás su amor entre Enriqueta y la misión filial de ésta. Por eso aquella hermosa y clara mañana en que ella se sentía renacer, experimentaba junto á la esperanza un infinito reconocimiento por lo que había podido ver en el corazón del joven.

—¡Dios mío!—se repetía.—Podré vivir y no abandonarles en mucho tiempo.

Les miraba de nuevo pasear por la alameda, entre tanto que las verdes palmas parecían inclinarse ante ellos para protegerles, mientras el viento formaba entre los pinos el vago murmullo del Océano adormecido. Escapábase el alma de su cuerpo para seguirles, deseando un cielo interior, tan dulce, tan azul como el que en aquel instante les envolvía con su color luminoso. Aunque no oía el ruido de sus queridas voces, sabía que la asociaban, al encanto de aquel paseo, y era verdad que al hablar de ellos mismos también hablaban de ella. La mezclaban naturalmente á su porvenir, en el que tenían la confianza propia de los seres que se adoran con un amor lícito. Sí; ¡qué hermoso sueño realizaban en aquel cua-